



El Eco de Cartagena

Año XXXII

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

úm. 9202

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas. Tres meses, 6 id.—Provincias.—Tres meses, 7'50 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1º y 16 de cada mes.—La correspondencia se dirigirá al Administrador.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. J. rett, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Fausbourg-Montmartre, 31, y en Londres, Agencia General Española, 6, Great Winchester, Street.

LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, CALLE MAYOR 24.

LA UNIÓN Y EL FÉNIX ESPAÑOL



COMPANIA DE SEGUROS REUNIDOS

Residencia: MADRID, CALLE DE OLÓZAGA, n.º 1 (Pasaje de Recoletos.)

GARANTIAS

Capital social efectivo... Pesetas 12.000.000
Primas y reservas..... 40.697.980

Total..... 52.697.980

29 AÑOS DE EXISTENCIA

SEGUROS CONTRA INCENDIO

Esta gran Compañía nacional contrata seguros contra los riesgos de incendios.

El gran desarrollo de sus operaciones acredita la confianza que inspira al público, haciendo pagado por siniestros desde el año 1864, de su fundación, la suma de pesetas 18.301.675,53.

Dirigirse á los Subdirectores Sres. Vinda de Sora y C.ª. Plaza de los Caballos, 15, bajo.

SEGUROS SOBRE LA VIDA

En este ramo de seguros contrata toda clase de combinaciones, especialmente las de Vida entera, Dotales, Rentas de educación, Rentas vitalicias y Capitales diferidos á primas más reducidas que cualquiera otra Compañía.

LA SEMANA ANTERIOR

¡Aquellos polvos traen estos iodios!

Es decir, aquel jalpo trajo esta dimisión.

Porque sabrán Us. que el Sr. Alcalde ha dimitido.

Por cierto que á la hora en que escribimos estas líneas, ignórase aun quién habrá de relevarlo.

Háblase de un moreno de rostro. ¡Caramba, y cómo se alegrarían sus apadrinados!

Dícese que un galeno pescará la vara. Sus clientes están de enhorabuena.

Por último, hay quien añade, que desempeñará la Alcaldía alguien que en el comercio es muy conocido.

Reciban el parabién los comerciantes.

De estos tres, tienen que quedar dos sin mando.

Veremos á quienes les toca la china.

Lo sentimos por ellos y por los que esperan, de los mismos, alguna cosa.

A nosotros, nos resulta igual.

¿Qué importa á nuestros intereses... morales (se entiende) que mande Angel ó Pepe ó Paco? Nada, completamente nada.

En fin, sea lo que quiera, y mande quien mande. Pero, conste, que resulta sensible eso de que el Alcalde se haya visto obligado á caer enfermo por cuestiones de maderero.

A primera vista ¿qué tendrá que ver lo uno con lo otro?—dice usted, pero el que haya asistido á las sesiones municipales, lo comprende enseguida.

¡Digo! ¡Ya lo creo, que lo comprendo!

Eso lo entiende... cualquiera, el menos entendedor, como diría, en un arranque de Galileísmo (valga la frase) la mismísima Brígida del Tenorio.

Resumen: que el futuro Alcalde

entra con buen pie, y que el pasado se alivie.

Los aficionados á cuernos han pasado la semana muy divertidos.

Han tenido toros, y han podido elegir.

Unos han marchado á Lorca. Otros han ido á Alicante.

Todos han pasado horas alegres y entretenidas.

Todos... menos el sujeto á quien extrajeron del bolsillo la cartera de idem.

Y no por ella, precisamente, sino por las cuatro mil pesetas que enceberraba.

Ese individuo, aligerado de pesos en forma de billetes, debió pasar mal rato.

Porque la verdad es que si á nadie le amarga un dulce, tampoco debe endulzar á nadie un amargo.

¡Reciba el pésame el despojado cartagenero!

¿Qué les ha parecido á ustedes la conducta de los conservadores?

—Excelente; sobre todo, para el Alcalde.

¡Y lo que es el mundo! Ayer fue atacado por sus rivales, y hoy le dan un voto de confianza.

¡Vayan ustedes á atar cabos!

¿Quién saca algo en claro de estas actitudes?

Ni Dios, con su sabiduría. Bien dijo el poeta.

La política es un juego de ajedrez.

K. T. TO.

COLABORACION INEDITA

HISTORIAS MADRILEÑAS

La hoguera de los «golfos»

¡Cuidado si hacía frío aquella noche!

En mi larga jornada por las calles más céntricas de Madrid, sólo había encontrado á dos ó tres transeúntes, muy embosados en sus capas, y á algunos guardias de orden público refugiados en los

huecos de las puertas para defenderse en lo posible, del sutil y helado airecillo dueño y señor de la coronada villa.

Al cruzar el paseo de Recoletos en dirección al barrio de Salamanca, ví entre los jardines una gran hoguera y me acerqué curioso de averiguar quiénes eran los que disfrutaban de su luz.

El espectáculo que se ofreció á mis ojos no podía ser más pintoresco.

Con trozos de madera escamoteados en alguna obra, con carteles de anuncios arrancados de las esquinas, con heterogéneos y diversos combustibles, en fin, diez ó doce chichuelos sin familia ni hogar habían improvisado una magnífica hoguera, y aquella ronda de infelices golfos se defendía contra las crueldades de la noche al calor de sus brillantes llamaradas.

Temerosos de que el fuego se apagara y la helada les sorprendiese dormidos, entreteníanse, para alejar el sueño, en sostener una sabrosa plática llena sin duda de frases y conceptos un poco naturalistas, pero seguramente expresivos y pintorescos.

Mi presencia cortó la conversación de un chiquillo de unos diez años, que por los desgarrones de su camisa y las injurias de su pantalón, aproximaba tranquilamente las morenas carnes al calor de la llama de la hoguera.

Decidido á formar parte de la andrajosa tertulia, distribuí sendos cigarrillos á mis harapientos compañeros, y cuando con la primera chupada, rebozó la alegría en las caras de los pilluelos, ya todos fuimos unos y fraternizamos en la hampa.

—Pues cuando Ud. llegó—me dijo el chiquillo á que antes me referí—éste nos había preguntado que qué es lo que quiséramos tener cada uno, y el Cojo, que es aquel chavalillo que está allí, había dicho que un caballo para ir todas las tardes á los inerenaderos de la China; y el Moreno, que es ese otro, decía que una escopeta para matar pájaros en el Canal, y yo decía que era mejor una baraja con la que se ganase siempre al Cané, y cada uno decía su creencia como Dios le daba á entender.

—Pero es porque no sabéis nada de las cosas del mundo, le respondió otro golfito ya más talludito, aunque no menos andrajoso—porque lo que los hombres como nosotros, vamos al decir, deberíamos de querer, es muchos puñados de monedas y

LEGÍA JABONOSA DE JOSE IGNACIO MIRABET.

TENIENDO SOSPECHAS DE QUE EN ALGUNOS ESTABLECIMIENTOS VENDEN OTRAS CLASES DE LEGÍAS, TOMANDO EL NOMBRE DE LA DE MIRABET, Y A FIN DE EVITAR QUE NUESTROS CONSUMIDORES SE VEAN ENGAÑADOS, HE AQUÍ LOS PUNTOS DONDE ÚNICAMENTE SE EXPENDE EN CARTAGENA LA VERDADERA Y LEGÍTIMA LEGÍA JABONOSA DE MIRABET:

Cooperativa del Ejército y Armada, calle de Lara; D. Joaquín Ruiz, Droguería, Cuatro Santos; D. Joaquín Barceló, Puerta de Murcia; D. Tomás Sava, calle de Otones; D. José Ruiz Navarro, Comedias 5; D. José Romero, Castolín 1; Sra. Vinda de Sora, Verduras; Señora Vanda de Sora, Verduras; Verduras 14; D. José Andreu, San Francisco esquina Palanca; D. Ginés García, Caballeros 1; D. Antonio González, San Fernando 57; Sociedad Cooperativa del Obrero, Glorieta de San Francisco; D. Juan Roca, Cuatro Santos 18; D. José Fagán, Aire 6; D. Francisco González, Plaza de los Caballos 6; D. Diego García, Serreta 5; don Víctor Martínez, plaza de Sevillanos; don Diego García, Serreta; don Manuel Foyedo Martínez, Morera baja; don Anastasio López, plaza de la Merced, esquina á la calle del Duque; don Cecilio Cutilas, Serreta; don Agustín Conesa, calle de Canales; don Angel Salas, enfrente de la Caridad; D. José María Ramón, plaza Bolán; D. Manuel Hernández, D. Matías 24; D. Pedro Sarabia, Carmen 34; D. Manuel Martínez, plaza del Rey 3; D. José Gómez y hijos, Puerta de Murcia; D. Juan Cecilia, Angel 40; D. Ginés Sánchez, Jara 26; D. Tomás García, Caridad 4; D. José León Costa, Duque esquina á la plaza de San Lorenzo; D. Anastasio López, calle de la Palma, Doña Josefina Luci, Caridad 9, panadería. Para más informes dirigirse al único representante en las provincias de Albacete, Murcia, Alicante y Almería, D. Fernando Giménez de Berenguer, calle de Martín Delgado, 9, pral. Cartagena.

LUNES 4 DE JULIO DE 1902

LUZ BRILLANTE

Petróleo extra superior.—Completa seguridad.

Se vende en bidones, con grifos precintados de 5 litros.

El precinto garantiza al consumidor la calidad y la cabida.

Nuestra LUZ BRILLANTE es ININFAMABLE. Arde en todas las lámparas para petróleo hasta la última gota sin ningún olor, sin que disminuya la intensidad de la llama y da una luz espléndida.

Depósito en Cartagena.—C. Pérez Lurbe.—Museo comercial.

Exljase en las tiendas el bidón precintado.

LUCI.

137

hago más que tres visitas al día y esas, por regla, breves. Tía, no; tía no se aparta de su lado un instante; diríase que sólo vive para él. ¡Cuánto le quiere, qué consagrado le está! Desde que cayó enfermo, siempre que le dirige la palabra le llama «hijo», pero se lo dice con una ternura que me asombra y me conmueve.

A veces me pongo á reflexionar buscando la causa de esa tan marcada preferencia, sobre todo y sobre todos, de esa ternura que nunca se entibia, de ese interés que no se adormece nunca, de esa consagración, en fin, tan completa, tan abnegada, tan delicadísima hasta en los más imperceptibles detalles por un pariente de su difunto marido, que grado, más ó menos es lo mismo que tía Gloria, tía Lucía, los hijos Villaventines y Villagranes y Genaro Vidal, dejando aparte á tío Julián que además de sus primadas y de tenerle en lugar de hermano, lo fue de tío Alejandro y lleva el nombre que tía no omite jamás en su firma; y después de mucho cavilar y reunir los incomparables méritos del preferido, al por qué de mi imaginación berida, te lo aseguro, Clara mía, no responde una sola razón, que tal sea, ni me satisfaga.

El día de ayer fue de contrariedades; más de diez veces reí á carcajadas, sobre todo anoche—para que éstas borrasen algunas últimas fatigas que toda mi fuerza de voluntad, ni en lo más á ratones—bajo la presión de mis tristezas—la última visita á mi

XIV

Palacio de Gaztelú.

7 de Septiembre de 188...

Querida Clara: Nuestro enfermo ha entrado en el período de convalecencia; los médicos aseguran que la enfermedad está vencida, pero que ha menester gran cuidado, pues si recayese las consecuencias serían tan funestas como inevitables. Imposible parece que en tan poco tiempo haya decaído tanto; verdad que padecimientos que llevan á morir deben ser muy intensos, muy destructores.

Ahora le veo menos, pues como el médico, no le

oía más que el ruido de su respiración acelerada y fuerte, junto con el crujir de la cama á cada uno de sus frecuentes y bruscos sacudimientos nerviosos.

En el cerebro de tío Alberto debía arder una hoguera terrible: sus miradas erraban extraviadas como si buscasen algo en el vacío; sus labios, que más de una vez humedecí ayudando á Tía, abrasaban abriéndose á intervalos para dar paso á un sonido ronco, oscuro, ahogado: á una palabra, que dicha con la entonación que el delirio le imprime, podía traducirse en un deseo, palabra que tía y yo recogíamos como se recoge en el lienzo las lágrimas que se vierten.

Cuando su voz se dejaba oír, el doctor movía la cabeza con desaliento, pero no se desenvolvía el delirio apesar de la intensidad espantosa de la fiebre.

¿A quién dirigía su llamamiento? ¿Para quién era aquel «ven» que se escapaba á su voluntad, independiente ya al yugo de su razón?... ¿A la muerte que le tendía los brazos? ¿A la vida dispuesta á saltarle de los suyos?...

¡Cuánto se debe sufrir en estas misteriosas y tremendas luchas!

Esta mañana ha caído en el sopor y en él se mantiene. Tía ha mandado que pongan un telegrama á mi padre para que venga.

El doctor ha dicho que del ser á no ser no hay más que un soplo.

LUCI.

133